

EL TESTIMONIO PROFETICO

DEL PADRE

OSMAR MULLER

Jandir Santin

El pasado mes de febrero celebramos el primer aniversario de la muerte-resurrección del Padre Osmar Müller, sacerdote brasileño que se desempeñó por 5 años como misionero en Nicaragua y murió luego de su llegada a Brasil, víctima de enfermedades adquiridas en las montañas nicaragüenses y en su paso por Angola, el nuevo sueño de su corazón de apóstol.

En este artículo queremos rescatar la memoria del profeta Osmar, memoria que vislumbramos como señal del profetismo de la misma Nicaragua y de su iglesia fiel al pueblo agredido, pero lleno de esperanza. Nos basamos en su testimonio escrito en las cartas a los amigos.

Creemos que no es necesario hacer una hermenéutica de la palabra "profeta". Asumimos el significado bíblico contenido en el texto de la vocación de Jeremías: 1,4-19 y en la oración-queja del profeta en el capítulo 20, 7-13. Pensamos que allí se encuentran los principales elementos que caracterizan al profeta Osmar Müller: a) la elección de Dios que es anterior a la elección de uno (Jer 1,5) y que va llenando, "forjando" el hombre (20,7) a entregarse siempre más

a la causa de Yavé, a tal punto de volverse ésta irresistible; b) el envío a las naciones (1,5) trascendiendo las fronteras geográficas y anunciando el mensaje de Yavé válido para otros pueblos y otros tiempos; c) la misión de "arrancar y derribar, perder y destruir, y de edificar y plantar a la vez" (1,11), proclamando con fuerza y valor la Palabra de Yavé "frente a los reyes y sus ministros, frente a los sacerdotes y al pueblo" (1,18) o sea: denunciando las injusticias, derribando los ídolos de las falsas esperanzas y anunciando la Buena Nueva de la liberación de Yavé, sembrando la semilla de la verdadera esperanza para los pobres que oyen el Mensaje; d) leer las señales de los tiempos, interpretar y comunicarlos a la gente (1, 12-15), a los gobernantes, a los jerarcas de la iglesia y al pueblo (1,18); e) la confianza ilimitada en Yavé, su poderoso defensor (20, 11), incapaz de abandonarlo, a pesar de sus debilidades (20, 9-14, 18) y de los ataques, la mofa y los insultos de sus enemigos (20,8).

Tal vez nos falta destacar otra característica de todos los profetas, característica que es fruto de su confianza en el Dios de los pobres y base de su misión: la opción por los pobres, que es la opción de Yavé manifestada desde el Exodo 3,7-9, hasta el Apocalipsis de Juan 7, 1-17. De hecho no es un elemento nuevo al lado de los demás, sino el espíritu, la mística que informa toda su práctica, pues el profeta es, en primer lugar, un pobre; no habla en su nombre, sino en el nombre de Yavé, por lo tanto, no tiene un mensaje propio, sino un mensaje que transmitir, pues el no pone su confianza en su sabiduría y en sus propias capacidades, sino en la fuerza del Señor. Normalmente confiesa limitaciones, debilidades, incluso total incapacidad de cumplir la misión a él asignada; no tiene otros medios que su fe, su persona y palabra; no dispone de grandes o eficientes medios de comunicación: es pobre materialmente y asume la suerte de los pobres, enfrentando a los ricos y poderosos, sufriendo los ataques, la mofa, las persecuciones de los mismos; el mensaje que transmite es

denuncia y maldición para los ricos y poderosos y buena nueva para los pobres, sólo éstos pueden aceptarlo.

El padre Osmar optó por los pobres

Empecemos a hablar del profeta Osmar caracterizando su opción por los pobres. Cuando el Regional de las brigadas de Santa Catarina, Brasil, comunicó un proyecto llamado "Iglesias Hermanas", comprometiéndose a colaborar con la Iglesia de Bahía en el nordeste seco y pobre del país, el Padre Osmar, que era Secretario Ejecutivo del Regional, fue uno de sus principales defensores y animadores. Y tan pronto terminó su período de Secretario Ejecutivo, se presentó como candidato para ir al nordeste. Y, frente a las objeciones de sus compañeros que lo querían ver en puestos jerárquicos importantes, él permaneció firme en su decisión y se fue a Bahía por espacio de 5 años. Allí pudo concretar su amor a los pobres, viviendo en condiciones de pobre, compartiendo su tiempo, su casa, su vida con ellos... visitándoles en sus "ranchos", caminando sus caminos calurosos y polvorientos, comiendo de lo que tenían, pero sin saciar su hambre y sed de justicia que lo llevaron a indignarse con las injusticias de que eran víctimas, a denunciar las opresiones de los terratenientes, a meterse en "líos" con las autoridades judiciales por apoyar las reivindicaciones de los campesinos. Buscaba despertar siempre más en ellos mismos sed y hambre de justicia para que no se alienaran a los valores burgueses, ni se contentaran con un culto espiritualista y desligado de su vida, ni se ilusionaran con una organización "perfecta" de la comunidad eclesial o con las promesas de los "políticos de oficio".

Finalizados los cinco años de su compromiso con los pobres de Bahía, cuando todos pensaban que volvería al sur desarrollado y rico, para descansar y recuperarse físicamente y después reasumir un trabajo, "importante" en el Regional de la Conferencia Episcopal, el Padre Osmar se interrogó seriamente sobre su próximo paso.

¿Y ahora para dónde?

En junio del 80, escribiendo a una amiga, una religiosa que vive con los pobres de un barrio de la capital del Estado, le confiesa: "En la etapa en que estoy me pregunto muchas veces cuál es el mejor punto de inserción: ¿es el interior seco de Brasil? ¿es el barrio? ¿es un grupo reducido de multiplicadores? ¿es la Amazonia o Nicaragua? ¿es la fábrica o el convento?" Y añadía: "Tengo para mí que la pregunta fundamental no es esa, sino la otra: "¿QUIERES O NO QUIERES INSERTARTE EN EL PUEBLO?"

Según su propio testimonio y el del Padre Joces, un compañero que lo siguió en el camino del servicio a los pobres de Bahía, dos hechos contribuyeron para la nueva decisión.

1) La narración de la conversión de Bartolomé de Las Casas reflexionando sobre el texto de Eclesiástico 34, 23-31, interrumpiendo la celebración de la Eucaristía hecha con el pan, fruto de la sangre de los explotados indígenas y dedicándose el resto de su vida a la defensa de los mismos.

Escuchando esa historia, el Padre Osmar expresó confidencialmente a su compañero: "Ese hombre es un modelo demasiado serio para no ser tomado en serio".

2) En ese mismo curso se sabe del asesinato de Monseñor Romero, nuevo Las Casas de Centroamérica.

Frente a esos dos ejemplos, el Padre Osmar se decide a servir a los pobres de Centroamérica y, según su confesión, escogió Nicaragua "porque le faltaba valor para enfrentar la muerte en El Salvador" y porque veía en Nicaragua "un camino y una esperanza para la iglesia y para toda Latinoamérica".

El largo camino de esa opción

Superadas las resistencias y el asombro de la iglesia del sur, el Padre Osmar emprende su viaje a

Nicaragua. Para ser coherente con su opción y para conocer experimentalmente la suerte de los pueblos de Latinoamérica, decide viajar por tierra. Compartiendo sus experiencias y el pan con gente de la iglesia y compañeros de viaje en buses, trenes y barcos en el espacio de casi dos meses, llega a Nicaragua en noviembre del 80, exactamente cuando empezaban las acciones organizadas y criminales de la contrarrevolución.

Las condiciones materiales que encuentra en el primer hospedaje, defraudan sus deseos de vivir la pobreza radical. Es lo que confiesa a la hermana Lourdes en su carta del 16 de febrero de 81: "yo que venía con tantos planes de pobreza radical, vivo con refrigeradora, luz, señoras de servicio y muchas llaves para puertas y portones". Pero las condiciones materiales no le impiden que se dedique al pueblo: "A pesar de eso me estoy entregando al pueblo, recorriendo caminos de arriba para abajo, entrando en sus casas, **amorizando** el polvo y el viento de la calle".

En la misma muestra su dolor "ante el triste espectáculo de nuestra iglesia declaradamente en favor de las quejas y maniobras de los ricos". Pero al mismo tiempo se "alegra con el testimonio de abnegación y de servicio del resto de la iglesia y de los comandantes. Esa abnegación es una luz para el pueblo que no se cansa de repetir las mismas quejas del pueblo israelita después de la travesía del Mar Rojo". Y concluye con un pedido: "ayudémonos a profundizar más y más nuestra opción por los elegidos del Señor"

Esa opción continuará quemándolo como un fuego y llevándolo a desarrollarla en condiciones de mayor pobreza. En su carta del 25 de abril afirma: "Yo continuo soñando en trabajar entre los campesinos".

En octubre, aprovechando las palabras de una carta de Lourdes, proclama su fe en la lucha de los pobres: "Llenarte tu carta con los pequeños he-

chos, retazos, pedacitos que componen el tremendo mosaico de la vida del pobre: con las pequeñas luchas, victorias y derrotas que constituyen las grandes revoluciones de la historia". Y este sueño no lo dejará descansar jamás... A cada oportunidad que se le presenta, sale de Managua para buscar un nuevo campo de trabajo: con los campesinos, que son el pueblo más pobre y preferencialmente en la zona de guerra donde hay más inseguridad y sufrimiento.

Terminado el año del barrio Rigüero, en Managua, para el cual se había comprometido con la jerarquía, no hubo argumentos que le impidieran cumplir su sueño. No fue fácil encontrar un obispo que lo recibiera, por el hecho de, según sus palabras "pertenecer al clero extranjero que más decididamente enfrenta los desafíos de encarnar el cristianismo en el proceso revolucionario. Por ese motivo nuestros obispos, siguiendo el modelo de los patrones, constituyeron una barrera sutil y una cadena de informaciones aún más sutil para obstaculizar o alejar elementos no gratos" (carta del 1/10/81 al Padre Ney Brasil). En la misma carta nombra a la diócesis de Estelí como una posibilidad, pero la descarta por el hecho de no ser la más pobre, ni la más necesitada del clero...

Por fin, encuentra acogida por parte del obispo de la Costa Atlántica, que lo ubica en la parroquia de Rosita, como párroco co-adjutor. La población se compone de "campesinos, indígenas y mineros", según su descripción en carta del 19/2/82. En esa misma carta cuenta que "ya visité la parte norte de la parroquia con viajes de horas en pangas, o en caballo o a pie" y cierra la carta con los deseos de que "en esta cuaresma continuemos amando a los más pobres en el despojamiento que nos posibilita mirar diferentemente a las cosas". En otras palabras, repitiendo lo que dice Pablo en la carta a los Filipenses (2, 6-8) sobre el abajamiento como condición para evangelizar y para dejarse evangelizar por el pobre.

Esa "casi obsesión" de servicio entre los pobres lo lleva a ver en Nicaragua agredida por los Estados

Unidos, el siervo sufriente colectivo de Latinoamérica, pero con la certeza que el Señor está con él y por eso vencerá y será esperanza para todos los pueblos pobres. "¡oigan en Brasil el grito de todo un pueblo que quiere vivir, que quiere vivir en paz!... El llanto de las madres de siete mil caídos pagando con la vida el derecho de ver una patria digna y compañeros con vida digna... No sólo los papás y mamás de los 3.000 huérfanos, fruto de la acción de los paladines de la libertad como los llama Reagan... son las nubes negras de la carestía, del hambre, de las privaciones que se aproximan sobre los 3 millones de nicaragüenses, en un país de leche y miel, todo por mera decisión de malvados llenos de dólares".

En la misma carta después de dar gracias por la solidaridad que recibió de su obispo y compañero de sacerdocio del Brasil, por ocasión del secuestro de que fue víctima por parte de la contrarrevolución, proclama: "Lo que más les pido es que continúen con una solidaridad creciente con este pueblo envuelto en una revolución heroica y benigna, en una entrega humana y cristiana, arrastrado a una lucha ideológica impuesta, impuesta -inclusive- por miembros que son considerados las columnas (Gal 2,9) en nuestra iglesia; diezclado por esta guerra colonialista, imperialista, a la que se intenta dar una fachada de guerra civil, después de las elecciones libres y honestas que se realizaron... ¡El Brasil necesita de Nicaragua! ¡Nicaragua necesita del Brasil!: griten eso a los cuatro vientos ".

Y la esperanza siempre presente lo hace rematar: "caminemos juntos hacia el sol de la libertad. ¡Dios salve América!" (8/1/85).

En otra carta a la hermana Lourdes vuelve a afirmar: "¡los ojos de Latinoamérica nos miran con esperanza! ¡Es cierto que ser fiel a ese momento histórico exige constancia, valor, paciencia, sudor y sangre!... Que nos ayude el Señor resucitado" (21/4/84). Y renueva la confianza en sus predilectos:

"Los campesinos están reunidos para ver cómo continuar la insurrección Evangélica en su diario vivir. Son las pequeñas señales de pequeños Davides, confiados en Dios y metidos en una empresa gigantesca. Pero siguen adelante" (22/10/85).

No sólo proclama su fe en ellos (los pobres) sino que se dispone a acompañarlos, cueste lo que cueste. Ya estando en la parroquia de Waslala, después de haber sido detenido varias veces por la contra, e inclusive secuestrado juntamente con una hermana religiosa, él escribe al Padre Ney: "Las hermanas y yo estamos decididos a vivir con el pueblo esa amargura hasta el final. ¡A veces me siento temblar de miedo! Pero el hecho de estar en medio del peligro nos hace algo fatalistas o providencialistas. ¡Sea lo que Dios disponga! Lo que no podemos aceptar resignadamente es que la esperanza que brilla en Nicaragua para toda Latinoamérica se deshaga!".

Y con la autoridad moral que le confiere su vida puesta en riesgo continuamente a causa de su opción, le pide al compañero encargado de la formación de los futuros sacerdotes en la diócesis de origen: "Une tu testimonio y tu magisterio, lleno del Espíritu Santo, como el de Esteban; ¡prepara hombres (y mujeres) que se entreguen apasionadamente a la causa de los pobres!". Y en la carta en que hablaba de los peligros en los cuales vivían él y el pueblo de las montañas, alertaba al padre Ney: "Diles a los estudiantes de teología que deben prepararse para esas luchas" (02/07/83).

No paró de andar jamás

El Padre Osmar, después de unos años de trabajo en Rosita, fue trasladado a Waslala, donde tuvo la ocasión de vivir más de cerca los problemas y el dolor causados por la contrarrevolución. Allí escuchaba diariamente las quejas de los campesinos robados, agredidos, desplazados... Conoció el sufrimiento de los familiares de los muertos, secuestrados por

un lado y enjuiciados a veces por alguna participación en la contrarrevolución. Velas y entierros de caídos... heridos... familias desplazadas por la guerra, sin vivienda, comida y vestidos. Presenció y escuchó las balaceras de los combates... recogió las mujeres y niños en los refugios cuando el pueblo fue atacado... fue detenido, amenazado y secuestrado por la contrarrevolución... Sufría terriblemente con la deserción de cada Delegado de la Palabra que pasaba a las filas o apoyaba a la contra... Sufría también con el tradicionalismo de los cristianos y con la dificultad de hacerlos entender la renovación de la Iglesia... Pero también sufría con sus impaciencias e incoherencias: "lo increíble es que, al lado de la profunda experiencia de estar arriesgando mi vida todos los días, me dejó arrastrar por una ridícula impaciencia con un pobre hermano campesino que insiste en bautizar a su hijo sin prepararse!" y añade: "Ojalá la presencia continua de la posibilidad de la muerte me haga más humilde" (19/3/83).

Pero la muerte no lo cogió en las montañas de Waslala, sino en un hospital de Brasil. La semilla la llevaría desde Nicaragua abonada en Angola. Angola, que él había soñado como campo de misión cuando Bartolomé de Las Casas lo impresionó con su conversión a la causa de los indígenas. El padre Osmar había pensado: "Para nosotros los más pobres e injusticiados son los negros de Africa, de los cuales trajimos millones como esclavos". Después, el asesinato de Monseñor Romero lo trajo a Nicaragua, pero la opción de servir entre los más pobres no lo dejó descansar. Angola sería su próxima etapa. Hacia allá orientó sus pasos para sondear el terreno. Después volvería a Africa. Pero el Señor lo cogió en el camino y lo llevó para que goce la Tierra Prometida y la compañía de miles de pobres que dieron su vida para construir la tierra nueva y el cielo nuevo. ¡El Padre Osmar dejó su testimonio, su puesto y su opción por los pobres para que otros tomen la bandera y sigan el camino!